



Hipócrates y sus artificios

Enfermedad, medicina y narración en las literaturas y culturas hispánicas e hispanoamericanas

editado por Margherita Cannavacciuolo, Maria Rita Consolaro, Alice Favaro

La construcción del discurso científico sobre plantas medicinales en el *Viaje a Nueva Granada* de Charles Saffray

Sonia Bailini

Università Cattolica del Sacro Cuore, Italia

Abstract This essay reflects on how the cultural biases of nineteenth-century European doctors influenced the appropriation of indigenous knowledge about medicinal plants. The text analyzed is the travel diary *Viaje a Nueva Granada* (1869) by the French physician Charles Saffray. His descriptions of the flora are representative examples of the validation processes that come into play in the construction of scientific discourse on the interpretation of traditional indigenous medicine.

Keywords Traditional indigenous medicine. Charles Saffray. Reino de Nueva Granada. Travel diaries. Scientific discourse.

Índice 1 El Reino de Nueva Granada, espacio de exploración y de explotación.
– 2 Charles Saffray en el Reino de Nueva Granada. – 3 Las plantas medicinales y sus virtudes a través de la lupa de un médico europeo.

Trabajo financiado por la Unión Europea – Next Generation EU, Missione 4 Componente 2, PRIN 2022
Narration and Medicine in Latin American Culture: Application Perspectives to Therapeutic Approaches, from Latin America to Europe, Towards an Inclusive and Flexible Society, CUP J53D23009460008.

1 **El Reino de Nueva Granada, espacio de exploración y de explotación**

En el siglo XIX, desde la finalización del periodo colonial y del monopolio español como consecuencia de los procesos de Independencia, muchos países europeos empiezan a tener acceso a territorios hispanoamericanos que antes les estaban vedados. Es así como se suceden tanto expediciones con financiación pública como lideradas por particulares acomodados en busca de nuevas formas de enriquecimiento. El aspecto común a ambos tipos de empresas es que el interés científico siempre va de la mano de objetivos económicos, especialmente en la época sucesiva al viaje de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland (1799-1804).

En el contexto geopolítico que marca el paso de la Colonia a la Independencia, el Nuevo Reino de Granada, al igual que muchas otras áreas de lo que había sido el imperio español, se convierte en una zona de gran atracción sobre todo para Francia, que en aquella época era el foco de irradiación científica en el Viejo Continente. A partir de los años veinte del siglo XIX empezaron a formarse, en las capitales hispanoamericanas, pequeñas comunidades de europeos animados por el deseo de enriquecerse aprovechando los recursos que el exImperio español había tenido que abandonar. La presencia de una élite europea forja una nueva forma de Colonialismo, que Pratt define Vanguardia Capitalista, cuya misión 'civilizadora' ya no es la Evangelización, sino la importación de un sistema económico que 'guíe' una sociedad 'atrasada, incapaz e indolente' hacia un aprovechamiento racional de los recursos con el fin de producir riqueza (Pratt 1992, 148).

Los viajeros europeos que llegan a América después de Humboldt exploran el territorio como un potencial mercado en busca de materias primas. Las muestras que van recogiendo -en el tema que nos ocupa plantas, flores, raíces, remedios indígenas, venenos-, representan un potencial recurso económico antes que elementos de la naturaleza: en sus diarios, a la retórica contemplativa de las crónicas del Descubrimiento se sustituye un discurso orientado al éxito individual y a la explotación económica. Si la mirada de Humboldt no tiene más objetivos que el puramente científico y queda atrapada por la exuberancia de la naturaleza americana, para los viajeros del siglo XIX esa misma naturaleza ya no es algo maravilloso y sorprendente, sino un territorio salvaje e inhóspito que hay que domesticar (Pratt 1992, 150).

La élite criolla hace suyo este proyecto de 'emancipación' y adapta el discurso europeo sobre América al objetivo de crear culturas autónomas descolonizadas preservando los valores europeos y la supremacía de los blancos. Se trata de un proceso de aculturación, entendida como el modo en que un grupo subordinado o marginal

selecciona y elabora valores que le han sido transmitidos por una cultura dominante. Es un fenómeno propio de las zonas de contacto, o sea, de aquellos espacios donde sujetos histórica y geográficamente alejados entablan relaciones que normalmente conllevan situaciones de desigualdad, coerción y conflicto: en Hispanoamérica este fenómeno se da tanto en la relación entre criollos y europeos como en aquella entre estos y los indígenas. La mirada del viajero europeo del siglo XIX no por ser pasiva y aparentemente inocente es menos imperialista: el modo en que describe lo que ve es de por sí una forma de apropiación.

2 Charles Saffray en el Reino de Nueva Granada

Los numerosos estudios que se han dedicado a censar los viajeros europeos que, en el siglo XIX, visitaron el Reino de Nueva Granada por intereses científicos, antropológicos y económicos dan cuenta del interés que este territorio suscitaba.¹ Este trabajo, por razones de espacio, se centra tan solo en las observaciones de campo de uno de los ocho científicos (médicos naturalistas, químicos, botánicos y farmacéuticos) que viajaron a esta área en el siglo XIX, siete de los cuales eran franceses.²

El *Viaje a Nueva Granada* de Charles Saffray (1833-1890), más conocido como Doctor Saffray, es el primer diario de viaje del siglo XIX en que se describen con esmero y método las enfermedades autóctonas, las prácticas médicas y las virtudes terapéuticas de las plantas medicinales. Se publicó en 1869 en la revista *Le Tour du Monde* y se tradujo por primera vez al español en 1948.³ Saffray era un médico, botánico y hombre de letras muy conocido en Francia, socio de la Académie de Sciences Française, secretario de la Société Française d'Hygiène y miembro de la Société de Gens de Lettres. Llegó a Nueva Granada en 1860 y permaneció hasta 1862. No se sabe mucho sobre los motivos que lo llevaron a emprender el viaje, aunque es probable que fuera por sus intereses botánicos y, quizás,

¹ Acevedo Latorre 1968; Gómez Gutiérrez 1998; Orlando Melo 2001; Jaramillo Uribe 2002; Angulo Jaramillo 2007; Ventura 2016; Giraldo-Zuluaga, Andrade-Álvarez 2022. Tomando como punto de partida el viaje de Humboldt y Bonpland (1799-1804) y como punto final la expedición de Kandenole de 1898 *L'Odyssée de Jean Languiille. Voyage d'exploration à travers la Colombie et le Venezuela*, a lo largo del siglo XIX se han censado 54 relaciones y diarios de viajeros europeos al Reino de Nueva Granada, 37 de los cuales son de exploradores franceses.

² El octavo era el naturalista inglés Charles Empson (1836).

³ Para este trabajo se ha utilizado la primera edición, publicada en Bogotá por la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Lamentablemente, no contiene las ilustraciones que acompañaban la edición francesa.

por la búsqueda de minas. Su viaje empezó en Santa Marta, desde donde remontó el río Magdalena, cruzó la cordillera central hasta Medellín para luego proseguir hacia Popayán. En su viaje pasó por los departamentos de Magdalena, Bolívar, Santander, Antioquía, Cundinamarca, Valle del Cauca, Chocó, Caldas y Cauca. A causa de los conflictos internos -el general Mosquera derribó el gobierno de Ospina y el mismo Saffray estuvo obligado a ejercer como médico del ejército en el bando de Julio Arboleda- tuvo que abandonar su empresa. En 1864 se dirigió hacia Panamá, donde se embarcó para Nueva York. En los Estados Unidos trabajó como médico y como profesor de francés. Dominaba el español, el portugués y el inglés y trabajó también como traductor, además de publicar varios trabajos de divulgación científica (Bibliothèque de SuZette s.f.;⁴ Dubois 2002).

En Nueva Granada Saffray recorrió el mismo itinerario de Humboldt y en su diario menciona muchas veces al prusiano como a muchos otros viajeros y exploradores contemporáneos y del pasado. Estripeaut-Borjac (1999) pone en relación los textos de Saffray y Humboldt y observa, por un lado, la misma atención estética en la descripción de la naturaleza como un conjunto armonioso que suscita emociones en el alma del viajero y, por otro, el mismo método científico y racional en la organización de la información que recopilan. Sin embargo, si en Humboldt domina el deseo de conocimiento orientado a ejercer el control sobre la naturaleza, de acuerdo con una visión típica de la Ilustración, en Saffray ese mismo deseo va acompañado de la voluntad de identificar el potencial económico de los recursos naturales.

Como afirman Giraldo-Zuluaga y Andrade Álvarez, las narrativas de los viajeros se conciben como «*artefactos literarios, constructos ideológicos* [cursiva original] sobre los lugares recorridos y descritos» (2022, 179). Ceballos (cit. en Giraldo-Zuluaga, Andrade Álvarez 2022) opina que este tipo de textos son ‘representaciones’ y ‘discursos’ que los viajeros elaboran a partir de categorías socioculturales que determinan relaciones desiguales de poder. Los europeos se erigen en portadores del discurso científico y su tarea es la de validar y legitimar lo que ‘descubren’. El viajero científico del siglo XIX asume el papel de testigo fiable que observa y recopila con método: la autoridad de su discurso está en relación directa con la forma en que este se redacta. Dicho discurso tiende a desacreditar el saber del Otro por su excesivo empirismo, es decir, por considerarse una práctica que carece de descripción y clasificación científica. Como afirma López (2023), para que sea útil, el saber del Otro ha de estar comprobado y validado con métodos europeos. Por lo tanto, la relación

⁴ Bibliothèque du SuZette. *Raoul de Navery*: <http://www.litteraturadimenticata.it/bibldesuzette/navery.htm>.

que los médicos y botánicos europeos instauran con la naturaleza y las culturas locales durante su trabajo de campo permite comprender los mecanismos de apropiación y legitimación del conocimiento médico que activan. Se trata de un proceso de traducción inter-semiótica que va de la oralidad a la escritura y que pasa por la adaptación de las tradiciones locales a un estilo conforme a la cultura europea. En esta óptica la taxonomía es una condición imprescindible para el reconocimiento y la diferenciación de las plantas, y la clasificación es la herramienta necesaria para la apropiación y la explotación de los recursos naturales con finalidades comerciales.

Una de las tareas fundamentales de los botánicos del siglo XIX era la determinación taxonómica de las plantas que ya se utilizaban en la medicina europea, que tenían nombres vulgares diferentes dependiendo de la región y que, según ellos, los indígenas describían de manera ‘imprecisa’. La ayuda y los conocimientos de yerbateros y curanderos eran fundamentales en cualquier exploración botánica, así como lo eran las prácticas médicas tradicionales, aunque los doctores europeos las observaban con desconfianza e incredulidad. Cabe recordar, sin embargo, que los médicos tradicionales indígenas no conocían las nociones linneanas de género y especie, ni dominaban la terminología que los europeos utilizaban para designar las propiedades de las plantas. Y aquí se observa un primer vacío comunicativo: el hecho de que un curandero no conociera el significado de términos como antirreumático o emenagogo o que no existiera un equivalente en sus idiomas, no significaba que no conociera las propiedades de las plantas ni que no supiera cómo emplearlas. La incapacidad de encontrar o reconocer un equivalente lingüístico autoriza a los médicos y botánicos europeos a hacer suyo el descubrimiento de las virtudes de tal o cual planta a través de la traducción de la experiencia práctica con un lenguaje científico. Esto conlleva una serie de acciones:

1. Designar la planta en latín
2. Clasificarla según el sistema de Linneo
3. Proveer una representación gráfica
4. Describirla utilizando terminología botánica
5. Explicar sus propiedades para tratar enfermedades presentes en Europa
6. Explicar el método de preparación del remedio de acuerdo con las modalidades en uso en Europa (procedimientos químicos).

(Nieto Olarte 2000, 158)

El esquema cognitivo y lógico subyacente a la estructura de una descripción de este tipo es lo que le otorga validación científica, así que lo importante no es el contenido, es decir, el conocimiento médico procedente de yerbateros y curanderos, sino la forma en que se organiza ese contenido, y es a través de este proceso que se da

la apropiación cultural. El conocimiento del nativo no tiene validez hasta cuando es ‘traducido’ según los criterios de organización textual y con la terminología propia de la ciencia europea. La validación científica del europeo es lo que hace que la planta se convierta en objeto de estudio y recurso explotable. En este proceso también hay un cambio de método, ya que es el procedimiento químico de extracción de los principios activos lo que legitima la eficacia de una planta medicinal. Este pasaje determina una relación en la que la periferia -América- ofrece recursos y mano de obra y el centro -Europa- configura el aparato científico y económico para su explotación y comercialización.

3 Las plantas medicinales y sus virtudes a través de la lupa de un médico europeo

El diario de viaje de Saffray es muy rico en descripciones de plantas y sus virtudes terapéuticas. Un elemento esencial para la clasificación era el dibujo, aunque, lamentablemente, las ediciones en español no cuentan con los grabados que, en cambio, sí se publicaron en la revista *Le Tour du Monde* y en la primera edición francesa del *Voyage à la Nouvelle Grenade*. La presencia del dibujo al lado de la descripción de la planta formaba parte del proceso de apropiación cultural porque era lo que permitía la comparación y la correcta clasificación de acuerdo con la taxonomía de Linneo (Muñoz Arbelaez 2010, 189). En el fragmento siguiente se ofrece un ejemplo del tipo de descripción que suele aparecer en los diarios de viaje de estos científicos:

Después de haber saltado en tierra, no lejos de la desembocadura del río Ocaña, tuve oportunidad de ver en plena floración un arbusto célebre en todo el país por las propiedades medicinales de sus cotiledones: es el cedrón (*Simaba cedron*), de la familia de las simarubeas. Sabiendo que esta especie no estaba figurada en ninguna parte de un modo satisfactorio, hice un dibujo tan exacto como era posible, y estudié luego las propiedades del vegetal. El cedrón tiene el aspecto de la palmera: su tronco, muy recto, presenta en la cima grandes hojas pinnadas; las flores forman panículas, y están provistas de cinco pétalos muy angostos, de color blanco mate interiormente y pardo por fuera, con una ligera pelusa. El fruto es una drupa del tamaño de un huevo de oca, solitario por efecto del abortamiento de uno o varios carpelos, cuyo lugar queda indicado por una depresión; el endocarpio es duro y leñoso; en el centro de una cubierta insípida hay dos cotiledones unidos, que llaman vulgarmente nueces de cedrón, y en ellos residen las virtudes de la planta. (Saffray 1948, 69)

El pasaje presenta todas las características de una descripción técnico-científica propia de la botánica, como demuestran no solo el uso de la terminología sectorial, sino también el orden de distribución de la información: el nombre en latín, el aspecto y las características del tronco, las hojas, las flores, los frutos y el endocarpio, siguiendo un procedimiento deductivo y acompañando el texto con un dibujo, como era costumbre entre los botánicos. A continuación, Saffray relata la primera vez en la que los indígenas enseñaron las propiedades medicinales de la misma planta:

En 1828, varios indios llevaron la planta por primera vez a Cartagena, anunciando que el uso del polvo de sus almendras curaba infaliblemente a las personas ó animales mordidos por las serpientes más venenosas. Y a fin de probar su aserto, aquellos indios, efectivamente, curaron a varios animales mordidos por los reptiles más temibles del país. No contentos con esta prueba, la repitieron en sí mismos, y gracias al poderoso contraveneno, no experimentaron ninguna consecuencia desagradable. Estas pruebas parecieron tan concluyentes, que se compraron por un doblón cada una (unas ochenta y tres pesetas) cuantas semillas se pudieron adquirir. (Saffray 1948, 69-70)

Se observa en este fragmento un ejemplo del proceso de aculturación mencionado arriba: para que los europeos reconozcan la eficacia del cedrón como antídoto contra el veneno de las serpientes, los indígenas siguen el método experimental que los europeos consideran válido. Tras convencerse de su eficacia, Saffray explica cómo se prepara el remedio:

Para emplear este remedio se raspan cinco o seis semillas en una cucharada de aguardiente, y se da esta bebida al enfermo; después se empapa un paño en el mismo líquido, aplicándolo sobre la herida, y rara vez es necesario apelar a una nueva dosis. He tenido varias veces ocasión de reconocer las virtudes de la planta, después de haberme asegurado de la presencia de los colmillos venenosos en las serpientes que habían producido la herida, y sabiendo por experiencia que varias de ellas ocasionaban la muerte de la víctima en algunas horas. Todas las personas a quienes yo administré a tiempo la medicina se salvaron, y la convalecencia fue relativamente corta. (Saffray 1948, 70)

El cedrón no solo funciona muy bien contra el veneno de las serpientes, sino que es un excelente remedio contra la escrófula y las fiebres maláricas, tanto que Saffray sostiene que es más eficaz que la quinina y sugiere su potencial económico como sustituto de la misma:

Después de haber hecho toda clase de pruebas en las más diversas condiciones, no vacilo en creer que el cedrón está llamado a ocupar un lugar preferente en nuestras farmacopeas, como tónico y febrífugo; mas para esto es preciso que varias personas competentes practiquen repetidos experimentos en diversas latitudes y climas. Más tarde, el cultivo de esta preciosa planta llegará a ser una fuente de fácil riqueza para los habitantes de las orillas del Magdalena. Convendría que una asociación científica enviara a varios de sus individuos a aquellos parajes para estudiar el cedrón, dando el programa de los experimentos que deben hacerse. Por otra parte, los bosques de quinina se van agotando y todo el mundo está de acuerdo en la insuficiencia de aquélla para combatir las fiebres de los países cálidos, reconociendo asimismo las funestas consecuencias que produce el empleo de grandes dosis. El cedrón puede sustituir a la quinina con gran ventaja: en vez de destruir el árbol para obtener lo que se desea, se cosecharán los frutos en cada estación, pudiéndose así adquirir a bajo precio. Aquí hay una conquista que hacer para el alivio de la humanidad, y es de esperar que nuestro país tome la feliz iniciativa. (Saffray 1948, 71)

En este pasaje es evidente la intención utilitarista que caracteriza la actitud de los exploradores europeos del siglo XIX. La expedición de Saffray no tiene financiación institucional, sino que responde a ambiciones e intereses personales. Sin embargo, esto no lo exime de invocar la intervención de su país para que aproveche la oportunidad económica: el proceso de validación científica institucional representa la tercera fase de una apropiación cultural que ha empezado con la demostración práctica de la eficacia de las propiedades terapéuticas de la planta por parte de los indígenas, que ha continuado con la experimentación personal de Saffray y que debería concluirse con una experimentación oficial a larga escala. Las especulaciones de Saffray se enmarcan en un discurso más amplio relacionado, por un lado, con la alta demanda europea de quinina y, por otro, con la polémica entre Mutis y Pavón sobre la mayor o menor eficacia de distintas especies de *Cinchona officinalis*, lo que había determinado la circulación de falsos remedios (Nieto Olarte 2000). Al respecto, cabe recordar que, hasta los últimos años de la Colonia, España había gestionado el monopolio de la comercialización de esta raíz. Sucesivamente, exploradores ingleses y franceses habían logrado transportar algunas muestras a Europa y habían introducido el cultivo en sus colonias en Asia y África, así que, si por un lado en América la quinina empezaba a escasear, por otro había una fuerte competencia comercial debido a la alta demanda: de ahí la necesidad de buscar otras plantas con virtudes parecidas.

En la descripción de la flora que apunta en su diario,⁵ Saffray adopta un estilo documental que se caracteriza por organizar el contenido según un esquema recurrente, que prevé la descripción de la planta en su contexto natural y cultural, la indicación del nombre vulgar acompañado del científico en latín, la descripción de las partes que la componen, el uso que de ella hacen los nativos, el hábitat en el que crece, sus propiedades terapéuticas, su análisis y experimentación personal y los resultados obtenidos. A continuación, a modo de ejemplo, se ofrece la descripción del guayabo:

Desde Palmira a Cali [...] en algunos sitios, principalmente donde el terreno es seco, se cruza por bosquecillos de guayabos silvestres, de tronco liso y ramas retorcidas, cargadas de refrescantes frutos. La especie *Poidium pyriferum* es un árbol sumamente útil: no sólo se prepara con sus frutos, sino que las hojas, y sobre todo la corteza, son ricas en tanino, pudiendo utilizarse provechosamente en la medicina y la industria. Pison, en su tratado *De morbis Indicis*, fue el primero en llamar la atención sobre este árbol, que le parece 'digno de figurar en Europa, en los jardines de los reyes'. Durante una epidemia de disentería en que no tenía yo a mano otro remedio, administré a mis enfermos, con el mejor éxito, una decocción de corteza y de retoños del guayabo, en todos los casos en que estaba indicada la acción de un tónico astringente. También hice uso de esta decocción muy concentrada, para excitar úlceras tónicas, y los resultados fueron siempre muy satisfactorios cuando los enfermos pudieron sujetarse a un régimen tónico. En tales condiciones, el guayabo producía una rápida cicatrización. Este árbol ha sido legado al olvido desde los tiempos de Pisón, cosa que yo no me explico, pues merece, tanto como otros muchos, figurar preferentemente en el reino vegetal. (Saffray 1948, 242-3)

A menudo las descripciones de Saffray contienen referencias a textos de otros autores que se han dedicado a la observación y recopilación de las plantas medicinales: esto indica que Saffray era un estudiioso que se había documentado leyendo diarios de viaje, crónicas y manuales de exploradores y científicos que lo habían precedido, tanto contemporáneos como del pasado. Su enfoque es el del que observa y comprueba en el territorio los conocimientos teóricos que ha adquirido anteriormente, animado por la curiosidad científica del estudioso que quiere experimentar en directo lo que ha leído en los libros.

⁵ Rafael Tormo Molina, biólogo de la Universidad de Extremadura, ha recopilado las 51 plantas a las que Saffray dedica especial interés en su *Viaje a Nueva Granada*, indicando, al lado del nombre científico, los más comunes en español, inglés y portugués. Véase https://www.plantasyhongos.es/herbarium/mercados-htm/Libros_saffray-nueva-granada.htm.

En el diario de Saffray abundan las descripciones de serpientes e insectos, los lugares en los que se encuentran, los síntomas que provocan sus mordeduras así como los remedios naturales que emplean los indígenas. Saffray, tras explicar el modo en que se infiltra el veneno en los tejidos, sugerir remedios como la succión y la ligadura e indicar los síntomas más comunes como el hormigueo, el entorpecimiento, la hinchazón de la lengua, el dolor de cabeza y la tumefacción de la parte del cuerpo afectada, elabora un listado de los contravenenos más comunes que utilizan los indígenas. En su texto el nombre popular de cada planta va acompañado de su denominación en latín, confirmando que el proceso de conocimiento y validación de sus propiedades tiene que pasar por el filtro de la clasificación botánica europea:

Los indios del país conocen un gran número de contravenenos; entre los más eficaces citaré la *Dorstenia contra-herba*, de sabor cálido, picante y aromático; la caña de víbora (*Kuntia montana*), único individuo de la familia de las palmeras en el que se ha reconocido la propiedad de combatir el veneno de las serpientes; el *Aegiphila salutaris*, verbenácea muy activa; la almendra de pica-pica (*Macuna mutisiana*), llamada también ojo de venado. (Saffray 1948, 195-6)

Sin embargo, aun reconociendo la utilidad de las numerosas plantas empleadas como contravenenos, Saffray las considera remedios complementarios a técnicas mecánicas y químicas propias de la cultura europea:

Entre todas estas plantas se cuentan tres que merecen especial confianza: el cedrón, la *Mistolochia rígens* y el guaco. Son poderosos tónicos, cuya acción en la economía permite luchar contra la influencia depresiva y asfixiante del veneno; pero ¿podrían calificarse de verdaderos específicos? No lo creo, pues no neutralizan el principio letífero. En el tratamiento de un herido los considero tan sólo como auxiliares indispensables, porque los verdaderos medios de salvación son la ligadura, el ensanchamiento de la herida, la succión con la boca o por medio de ventosas y la neutralización del veneno por el amoniaco a la potasa cáustica, ensayada con éxito por el abate Fontana. [...] En diversas ocasiones ensayé la cauterización de la herida por medio del yodo disuelto en una solución de yoduro de potasa, propinado el mismo remedio como bebida, y todos los pacientes curaron. En otros experimentos inoculé en varios animales veneno de serpiente adiconado con una centésima parte de solución yódica, y no sufrieron accidente alguno. El yodo ejerce en tal caso una acción neutralizadora muy marcada. (Saffray 1948, 197-8)

El *Viaje a Nueva Granada* se inscribe en el movimiento de redescubrimiento de América como espacio de explotación que caracteriza el siglo XIX y que nos permite definirlo como una representación de la vanguardia capitalista de la que habla Pratt (1992). La forma en que Saffray clasifica y hace propio el saber del Otro es un indicador de su actitud hacia la medicina tradicional indígena. Sin embargo, aunque en su narración se observa cierta sensibilidad antropológica, el proceso de descripción de las virtudes de las plantas medicinales pasa por el filtro del sistema de clasificación europeo en un proceso de traducción intersemiótica que es lo que determina su validación científica. En las observaciones de campo de Saffray la curiosidad hacia el saber indígena y la voluntad de conocimiento sin duda promueven una interacción fructífera con los nativos. Sin embargo, el modo en que el médico francés reformula lo que aprende gracias a este contacto contribuye a la consolidación del discurso científico hegemónico, ya que el proceso de validación del saber del nativo americano queda en manos del europeo, que se eleva a único testigo fiable frente a la comunidad científica occidental.

Bibliografía

- Acevedo Latorre, E. (1968). *Geografía pintoresca de Colombia. La Nueva Granada vista por dos viajeros franceses del siglo XIX. Charles Saffray y Edouard André*. Bogotá: Litografía Arco.
- Angulo Jaramillo, F. (2007). «Viajeros franceses del siglo XIX en Colombia. Un balance bibliográfico». *Boletín de la Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica*, 31, Ficha 1649. https://www.afehc-historia-centroamericana.org/index_action_fi_aff_id_1649.html.
- Dubois, P. (2002). «Saffray (Ch.) Note biographique». *Le dictionnaire de pédagogie et d'instruction primaire de Ferdinand Buisson: répertoire biographique des auteurs*. Paris: Publications de l'Institut national de recherche pédagogique.
- Empson, C. (1836). *Narratives of South America. Illustrating manners, customs, and scenery collected during a fouryears' residence in tropical regions*. London: William Edwards.
- Estripeaut-Borjac, M. (1999). «D'un voyage l'autre en Nouvelle-Grenade: création/imitation chez Ch. Saffray et Enrique Grau, lecteurs de Humboldt». Meunier, P.; Soubeyroux, J. (dirs), *Le Voyage dans le monde ibérique et ibéro-américain*. Saint-Étienne: Publications de l'Université de Saint-Étienne, 405-7.
- Giraldo-Zuluaga, L.F.; Andrade-Álvarez, M. (2022). «Las narrativas de viajeros en el Antiguo Caldas». *Revista CS*, 37, 175-202. <https://doi.org/10.18046/recs.i37.5078>.
- Gómez Gutiérrez, A. (1998). *Al Cabo de las Velas. Expediciones científicas en Colombia. Siglos XVIII-XIX y XX*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Jaramillo Uribe, J. (2002). «La visión de los otros. Colombia vista por observadores extranjeros en el siglo XIX». *Historia crítica*, 24, 7-2. <https://doi.org/10.7440/histcrit24.2002.01>.

- López, D. (2023). «Le savoir de l'Autre: un naturaliste français en Nouvelle-Grenade au XIX siècle». *Viática*, 10. <https://doi.org/10.52497/viatica2565>.
- Muñoz Arbelaez, S. (2010). «Las imágenes de viajeros en el siglo XIX. El caso de los grabados de Charles Saffray sobre Colombia». *Historia y Grafía*, 34, 169-204.
- Nieto Olarte, M. (2000). *Remedios para el Imperio. Historia natural y apropiación del nuevo mundo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Orlando Melo, J. (2001). «La mirada de los viajeros franceses en Colombia en el siglo XIX». *Viajeros colombianos en Francia y franceses en Colombia*. París: Embajada de Colombia.
- Pratt, M.L. (1992). *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London; New York: Routledge.
- Saffray, C. (1948). *Viaje a la Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- Ventura, A. (2016). «Viajeros y naturalistas (ss. XV-XIX, Europa-América) o cómo viajar sin precauciones por un tema torrentoso». *ELHOI*, 9, 9-72. <https://doi.org/10.4000/elohi.981>.